

González González, Enrique y Víctor Gutiérrez Rodríguez. *El poder de las letras. Por una historia social de las universidades de la América hispana en el periodo colonial*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma Metropolitana y Ediciones Educación y Cultura, 2017, 968 pp.

La obra que se presenta es más que un libro: es una obra monumental que condensa años de trabajo, incesante búsqueda, paciente recopilación, aguda reflexión, profundo análisis, firme crítica y eficaz organización de información sobre 27 universidades coloniales hispanoamericanas «de muy variado carácter, tamaño y duración» (p. 27). *El poder de las letras* es al mismo tiempo un balance y una renovación historiográfica, una guía de investigación, un ensayo metodológico y una abierta provocación para todos los estudiosos de la historia de la educación hispanoamericana durante los siglos XVI al XIX.

Cada una de las tres grandes partes que componen la obra, aunque enteramente relacionadas entre sí, presenta una propia estructura, tamaño y objetivo. A pesar de ello, tres grandes tópicos dirigen la presentación de información en las primeras dos: historia, historiografía y archivos. El primer apartado del libro, «Repensar la historia de las universidades coloniales», busca inicialmente definir y contextualizar la función de las universidades americanas dentro de la dinámica político-social de la monarquía española. Enrique González González y Víctor Gutiérrez Rodríguez explican sucintamente la forma en la que estos cuerpos colegiados, únicos autorizados para otorgar grados, certificaron a criollos (y algunos mestizos) para ocupar rangos medios y bajos en instituciones civiles o eclesiásticas a lo largo de toda la América hispana. La conclusión expuesta por los autores coloca la obra del lado de las investigaciones que postulan que los territorios americanos fueron colonias subordinadas y no reinos autónomos.

En segundo lugar, González González y Gutiérrez Rodríguez se ocupan de la historiografía universitaria. Toman como hilo conductor los grandes desaciertos de las historias apoloéticas y el abuso de los adjetivos «real» o «pontificia» en los títulos de algunas de ellas, para exponer magistralmente los tres modelos de universidades sobre los que descansa su argumento: las 27 universidades coloniales se deben agrupar para facilitar su comprensión como reales, seculares o de regulares. Las primeras poseían una sede propia, renta real y gobierno autónomo; las segundas, adjuntas a un seminario conciliar, eran dependientes financiera y temporalmente del obispo; y finalmente las últimas, eran albergadas bajo el amparo de regulares (dominicos, agustinos, franciscanos o jesuitas), y subordinadas casi en su totalidad a la vida política y a la fuerza económica de sus respectivas órdenes.

En tercer lugar, y como cierre de esta primera parte, se trata la cuestión de las fuentes documentales y su carácter. Este es un tema trascendental para los autores, puesto que la invitación a renovar y ensanchar el conocimiento de las universidades coloniales hispanoamericanas se basa sobre todo en el regreso a los archivos; es decir, en la búsqueda de fuentes documentales inéditas, en el uso de otras tantas que se pensaba no podrían contribuir a la historia de la vida universitaria, y, también, en la relectura de aquellos documentos ampliamente conocidos con nuevas preguntas. En otras palabras, más que una aguda lectura historiográfica, lo que se propone es «una nueva lectura y valoración de las fuentes mismas» (p. 31), que dé vitalidad a documentos jurídicos, corporativos y escolares, a primera vista rígidos y esquemáticos, de repositorios institucionales o externos que guardan la historia de los espacios de saber hispanoamericanos.

La segunda parte del libro —titulada «Las ciudades, las universidades y las fuentes»— se encarga de presentar en cinco heterogéneos capítulos el análisis histórico, historiográfico y documental de cada universidad hispanoamericana. Para ello, se tomaron como hilos conductores y articuladores la ciudad que albergó a la —o las— corporaciones y el modelo universitario al que perteneció cada una. Así, pues, primero se analizan las universidades reales fundadas en el siglo XVI en las ciudades

de México, Lima y Santo Domingo. Luego, las auspiciadas y mantenidas por alguna orden religiosa: los jesuitas en Córdoba, Sucre y Yucatán; los dominicos en La Habana; jesuitas y dominicos conjuntamente en Guatemala y Santiago; o bien, tres órdenes (jesuitas, dominicos y agustinos) compartiendo y peleando por matrícula, prestigio y actividades en Quito y Bogotá. Después, se realiza una revisión a las facultades fundadas en seminarios conciliares durante el siglo XVIII en Ayacucho, Cusco y Caracas; y, finalmente, cierra con la última fundación universitaria colonial en Guadalajara en 1792.

Una vez retratados los modelos, explicada la especificidad de cada ciudad y los principales mitos, temas y problemas historiográficos, y documentales de cada universidad, se pasa a la tercera y última parte de la obra, «Manuscritos e impresos. Una guía documental». El carácter de esta sección es totalmente práctico, pues como bien lo anunciaban los autores desde el inicio, uno de los principales objetivos es elaborar un instrumento que facilitara a investigadores y estudiantes el emprender consultas de fuentes documentales. Bajo la perspectiva de un historiador y no de un archivista, la información está organizada por ciudades para facilitar su exposición, búsqueda y consulta. Internamente, los repositorios se encuentran subdivididos por importancia y sede, y solo después por tipos de fuentes. Los archivos que sirven a todas las universidades como el Archivo General de Indias en Sevilla, las bibliotecas y los archivos en Madrid y Roma (ARSI) no se analizan en esta sección en particular, sino que se encuentran referidos en las dos primeras partes, por lo que el interesado acucioso no debe perder detalle cuando se mencionen las universidades de su interés.

El poder de las letras cumple todo lo que promete en sus páginas introductorias, señala puntualmente lo que deja pendiente —el estudio de las universidades filipinas, por ejemplo—, pero también es consciente de lo necesario de una investigación como la que presenta: de largo alcance temporal y geográfico bien logrado. El libro no solo es un monumento al trabajo y a la disciplina, sino que Gonzáles Gonzáles y Gutiérrez Rodríguez también se preocupan por escribir y presentar su investigación de manera agradable. Las valoraciones historiográficas que suelen ser

ásperas, frías y pesadas *per se*, se encuentran aquí dosificadas y explicadas de tal forma, que la dura crítica se ameniza con comentarios divertidos que no dejan pasar más de tres páginas sin que el lector sonría apenado, avergonzado o incrédulo de las conclusiones irrisorias de algunos escritores pasados.

González González y Gutiérrez Rodríguez ofrecen una visión más que optimista para reelaborar historias que se creían perdidas por la inexistencia de documentos. A la máxima «de lo perdido, lo que aparezca», añaden que las comparaciones pueden salvar la ausencia de papeles, e incluso dejar indicios suficientes para reelaborar procesos y recrear historias. Lo encontrado resultó considerable y provocador. El balance ya está hecho, la recopilación completada, y el instrumento de trabajo (guía) a disposición general, por lo que cualquier réplica debe responder a la altura del trabajo y del reto que *El poder de las letras* ha planteado. En lo que respecta a Perú, hay temas urgentes por superar para rescatar el pasado universitario en Lima, Cusco y Ayacucho; sin embargo, se vislumbra ya en esta obra, lo mucho que pueden aportar a dicha renovación historiográfica.

Si bien el libro se presenta como una invitación a repensar la historia de las universidades, lo cierto es que subyace un claro interés por destacar a los estudiantes, su vida académica y sus hazañas profesionales. Lo que hacen los autores es descubrir e invitar a trabajar una historia social, una historia que dé cuenta de los universitarios, sus saberes, sus relaciones, sus movimientos e influencias; en pocas palabras, una historia que demuestre en cada ciudad hispanoamericana colonial el manifiesto poder de las letras.

Marina Téllez González
El Colegio de México